NIÑOS DE LA BIBLIA.

JOSEF ES ARROJADO A LA CISTERNA POR SUS HERMANOS.

VII.

LOS HERMANOS DE JOSEF.

El Omnipotente que habia prometido á Jacob larga y numerosa descendencia, empezó á cumplir su promesa, concediéndole el fruto de bendicion que tanto ansiaba. Lia, la primera esposa de Jacob, dió pronto á luz á Ruben, pero Raquel la segunda esposa y la mas querida del santo patriarca, aun no habia dado muestras de fecundidad. Los hijos de Jacob fueron despues los patriarcas ó cabezas de las tribus del pueblo de Israel, y aquellos mancebos entonces en la flor de su edad eran, Ruben, Simeon, Leví, Judá, Isacar, Zabulon y Dina, hijos de Lia; Dan y Nephtalí hijos de Bala; Gad y Aser, hijos de Zelfa, y por último Raquel, hasta entonces estéril concibió y parió á Josef, cuyo nacimiento colmó de alegria á Jacob, que ya contaba noventa y un años de edad, alegria que despues no pudo renovarse con el nacimiento de Benjamin, puesto que su nacimiento costó á su madre la vida.

La mayor armonía reinaba entre estos muchachos, hijos de distintas madres y de tan diversa índole é inclina-

© Biblioteca Nacional de España

ciones. Todos alternaban gozosos en las faenas domésticas, en las labores campestres y en el cuidado de los rebaños, sin que se advirtiese entre ellos ningun gérmen de discordia, á pesar de que Jacob no disimulaba el cariño que á Josef tenia, distinguiéndole de sus hermanos hasta en el vestido. Mientras que ellos vestian una túnica sencilla y de color oscuro, Josef ostentaba, con gran contento de su padre, una túnica rozagante entretegida con hilos de varios colores.

Josef era tan hermoso y de un natural tan apacible que era casi imposible indisponerse con él; pero este mismo Josef, por un efecto de su candorosa sencillez, fué el que se atrajo el ódio de sus hermanos é hizo nacer en sus corazones el abominable vicio de la envidia.

Hallábanse un dia reunidos todos los hijos de Jacob; unos descansando de las fatigas del campo, otros entretenidos en amenos coloquios, y otros preludiando algunos sones en la rústica lira con que acompañaban sus cantares, cuando Josef, llamando hácia sí la atencion de todos, les dijo:

—¿Hermanos, quereis que os cuente un sueño que he tenido?

Despues que todos se pusieron á escuchar, Josef continuó:

—Soñaba que estábamos en el campo, atando las gavillas de las doradas espigas, y que mi gavilla se levantaba y ponia derecha, mientras que las vuestras se prosternaban todo, al rededor para adorarla.

—Y que nos quieres dar á entender con ese sueño, preguntó Gad, con semblante irritado.

—¡Ya se deja conocer! dijo Nephtalí apresurándose á responder antes que Josef, quiere ser nuestro rey y que todos le obedezcamos y estemos sujetos á su dominio!

—Queridos hermanos, contestó humildemente Josef, yo no he tenido intencion de ofenderos y si me hablais tan irritados no os contaré el otro sueño que he tenido.

—No, no, cuéntale, y sino, aqui viene nuestro padre á quien puedes dar cuenta de toda tu grandeza.

Llegó en esto Jacob, y Josef lloroso y humillado con las burlas irónicas de sus hermanos, corrió hácia él como para buscar un protector. Jacob empezó á prodigar sus caricias á su hijo predilecto, con lo que mas irritados los hermanos, se acercaron murmurando, y Simeon dijo á su padre con voz que revelaba bastante la alteracion de su ánimo:

—Ahí teneis á Josef que pretende egercer dominio sobre nosotros. ¡El, mas jóven y mas débil que todos nosotros! y solo porque ha visto en sueños su grandeza y que todos nos postramos delante de él.

—¿Es cierto eso, hijo mio? preguntó Jacob con dulzura.

Josef contó ingénuamente cuanto habia pasado, pues nunca fué su intento ofender á sus hermanos, y con la misma sencillez que le era característica, añadio:

—Tambien he soñado que el sol, la luna y once estrellas venian á adorarme.

—Lo veis, padre, clamaron á un tiempo varios hermanos, ya no somos nosotros solos; tambien vos y nuestra madre le habeis de adorar sobre la tierra, ¡orgulloso!

Jacob que conocia la mala voluntad que á Josef tenian sus hermanos, como hijos de otra madre, y que ademas conocia que las palabras de Josef eran altamente misteriosas y que algun dia habian de tener su cumplimiento, aparentó para evitar discordia entre ellos, que las oia con la mayor indiferencia, y antes bien dijo á Josef con cierta severidad:

—Hijo mio, sea el que quiera tu porvenir, nunca des entrada en tu ánimo al orgullo que altere la paz entre los hermanos. Respetemos todos los designios de la providencia del Señor, pero á nadie sea permitido, ni glorificarse delante de él, ni contradecir su voluntad suprema.

Desde este dia fué creciendo el ódio que á Josef tenian sus hermanos, sin que bastase á desarmarlos la mansedumbre de Josef y las súplicas que les hacia. Era tan concentrada la envidia que le tenian, que les desagradaba todo cuanto hablaba y todo cuanto hacia. Daban interpretaciones malignas á sus

© Biblioteca Nacional de España

mas indiferentes acciones, y siempre que su padre reprendia justamente á alguno de ellos por algun esceso que hubiese cometido, no tardaban en atribuir la causa á Josef, suponiendo habia ido al buen anciano con alguna secreta acusacion. Josef, tenia un mérito positivo: era evidentemente superior á sus hermanos en sus cualidades morales y hasta en sus prendas físicas; pero esto mismo era lo que sus hermanos no podian sufrir, ni convenir en que las virtudes que brillaban en Josef justificasen de alguna manera la preferencia de su padre. La envidia les cegaba hasta el estremo de no reconocer en él las bellas cualidades con que Dios le habia dotado, y si las llegaban á reconocer, este mismo mérito era el que mas les irritaba. ¡Tales son los efectos de la envidia, de este vicio funesto, de esta pasion cruel que lleva en sí misma su tormento y su castigo, puesto que solo cifra su satisfaccion en la infelicidad de los demas!

La envidia, si, la envidia tan funesta entre los hermanos, fué la que hizo á los de Josef concebir el mas criminal designio. Estaban los hijos de Jacob apacentando sus ganados en los campos de Sichem, cuando vieron venir á lo lejos á Josef, á quien su padre enviaba para tener noticias de ellos. Asi que le distinguieron se redobló el furor de que estaban animados, y Leví que como hijo de Lia aborrecia mas á Josef, esclamó:

—Allí viene el soñador. Sin duda viene á que le tributemos el homenage de nuestra adoracion.

—O á espiar todo cuanto hacemos, dijo Isacar, para irselo luego á contar á su manera á nuestro padre Jacob.

—En nosotros está, esclamó Simeon arrebatado de cólera, el que no vuelva allá con la noticia.

Al decir estas palabras se puso de pie, empuñando su cuchillo y como consultando á sus hermanos con sus miradas.

—¡Si, si, que muera! esclamaron aquellos furiosos levantándose precipitadamente.

—¿Qué vais á hacer? esclamaron Ruben y Judá, poniéndose delante de ellos, pero sus voces no fueron oidas, ni ellos dos fueron bastantes para contener el tropel de los demas hermanos. Asi es que cuando Josef se preparaba á saludarlos con palabras cariñosas se vió violentamente acometido, despojado de su rozagante túnica, atropellado y arrastrado por el suelo entre aquellos furiosos en cuyas manos brillaba el cuchillo fratricida.

—Hermanos, queridos hermanos mios, clamaba Josef levantando sus manos hácia ellos, mientras que las lágrimas bajaban en abundancia por sus megillas. ¿Hermanos, porqué me quereis matar? Yo no os he hecho daño ninguno y me amenazais con esos cuchillos.... ¡Ah! ¡no me mateis, no.... no por Dios!

Ruben no pudo resistir á los clamores de Josef, y él, que siempre habia tratado de evitar el crímen de sus hermanos, desplegó entonces toda la energía que le daba el ser mayor de edad entre todos ellos, clamando con voz de trueno:

—No mateis á Josef: no tiñais vuestras manos en la sangre de vuestro hermano. Sin cometer este crímen dejadle abandonado á su suerte en esa antigua y seca cisterna que está en el campo.

Esto lo decia Ruben para contener por el pronto á los hermanos, y con el designio de volver él despues sin que los otros lo supiesen, y sacando á Josef de la cisterna, darle libertad y salvarle la vida.

Conociendo aquellos malvados que Josef dentro de la cisterna habia de morir tarde ó temprano de hambre, de frio y de miedo, se convinieron en la ejecucion del proyecto, y el mísero Josef fué precipitado hácia la cisterna.

Temeroso de la muerte el pobre niño se agarró fuertemente al borde de la cisterna con sus manos crispadas, y desde allí clamaba lleno de espanto.

—¡Ruben, Ruben, sálvame!

Pero Ruben volvió los ojos para no presenciar tal espectáculo y se alejó de allí lentamente siempre, con ánimo de realizar su designio de salvar á su hermano.

Simeon y los mas encarnizados enemigos de Josef le despegaron brutal-

© Biblioteca Nacional de España

mente las manos del borde del pozo, y el inocente niño cayó estropeado al fondo, sucediendo el mas horroroso silencio á esta caida.

Todos los hermanos se apartaron prontamente de allí, escepto Judá, que sin querer participar de la frugal comida á que le invitaban, permaneció triste y taciturno sentado junto á la cisterna. Unos mercaderes ismaelitas que con los camellos cargados de aromas se dirigian á Egipto, viniendo hácia donde ellos estaban, le inspiraron el arbitrio que andaba buscando y levantándose prontamente dijo á sus hermanos.

—¿Qué provecho nos puede resultar de tener á Josef en la cisterna y de dejarle en ella abandonado? ¿No seria mejor venderle á esos ismaelitas y que le lleven á Egipto lejos de nosotros?

Agradó á los hermanos la propuesta, y sacando á Josef de la cisterna, se le vendieron en calidad de esclavo á los ismaelitas, por lo que estos quisieron dar. Colocáronle sobre un camello, pues no podia tenerse en pie, y siguieron su camino, sin que Josef se despidiese de sus hermanos, ni hiciese otra cosa mas que levantar al cielo sus llorosos ojos.

Cuando Ruben volvió á la cisterna y advirtió que no estaba su hermano, rasgó sus vestiduras y esclamó lleno de dolor:

—¡Mi hermano no parece! ¡Ahora donde me presentaré yo!

Temia Ruben la presencia de su anciano padre Jacob, y el profundo sentimiento que habia de causarle esta noticia; pero los otros hermanos ya se habian anticipado á dársela. Le habian enviado la túnica rozagante de Josef, por medio de unos mensageros desconocidos que presentándosela al triste anciano, desgarrada y salpicada con la sangre de un cabrito que habian muerto al intento, le dijeron:

—Esta túnica hemos encontrado en el campo. Mira si es la de tu hijo.

—Es la túnica de mi hijo Josef, esclamó Jacob, alguna bestia fiera le ha devorado.

Desde entonces empezaron para el triste Jacob dias de luto y amargura, sin que dejase en ninguno de ellos de lamentar la pérdida de su querido Josef. Los envidiosos hermanos de éste habian conseguido por el pronto su designio, pero Dios que vela en favor de la inocencia oprimida, le tenia reservado el mas completo y admirable triunfo.

F. F. Villabrille.

Docilidad. Quien dá oidos á las reprensiones provechosas permanecerá entre los sábios. Quien desprecia la correccion, desprecia su alma, pero quien cede á las exhortaciones posee su corazon.

Salomon.

Es ser sabio saber ser dócil cuando es necesario, y hacer desde luego lo que se tendria que hacer mas tarde.

Terencio.

Dureza. La insensibilidad á la vista de las desgracias, puede llamarse dureza, y si hay satisfaccion crueldad.

Vauvenargues.

No castigues con demasiado rigor. Por leve que sea el castigo siempre es duro. No le emplees con frecuencia, puedes conseguir tus intentos por otros varios medios.

Máximas de los orientales.

Debilidad. Las personas débiles son la vanguardia del ejército de los malos, y hacen mas estragos que el mismo ejército.

Chamfort.

Duda. En caso de duda no resuelvas.

Pitágoras.

En cosas difíciles de probar, vale mas dudar que asegurar.

San Agustin.

Disputa. Empezar una disputa, es lo mismo que romper un dique. Abandonad la disputa antes que se empeñe.

Salomon.

© Biblioteca Nacional de España

LUISA Y PABLO

O

EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.—CONCLUSION.

CAPITULO XVIII.

LOS ALTOS FINES DE DIOS.

Era un dia muy caluroso del mes de agosto. Casi todos los labradores de Haik se hallaban en el campo ocupados en recoger la cebada, que es uno de los principales productos de Inglaterra, y en llevarla á los graneros. Tambien Tomás y su muger estaban allí con su gente y trabajaban á quien mas podia. De cuando en cuando entraba por la puerta de la alqueria un carro atestado de mieses, que descargaban con la mayor prontitud posible en las trojes ya casi llenas hasta arriba. Sin embargo, Tomás que hacia casi todos los viages, no se olvidaba jamás de echar un vistazo á su Margarita, que entretanto estaba al cargo de una vecina, muger de bastante edad. Esta y el demente Pablo, á quien Margarita habia cobrado casi tanto cariño como á Luisa, guardaban la casa y tenian cuidado de la niña.

Apenas llegó la tarde cuando se cubrió el horizonte de espesos nubarrones. No bien lo echaron de ver los labradores cuando todos redoblaron su actividad sin cuidarse apenas de levantar la cabeza para contemplar la tormenta que por momentos se les iba echando encima. Ya se oia á lo lejos el sordo zumbido de los truenos, y las ardientes exhalaciones cruzaban instantáneamente el cielo ennegrecido.

Estaban precisamente acabando de cargar un carro, cuando vieron caer serpenteando sobre Haik una centella resplandeciente, y oyeron casi en el mismo momento el estampido aterrador de un trueno. Todos los labradores se quedaron aturdidos dirigiendo sus miradas con impaciencia hácia sus lejanas chozas, pero al cabo de unos instantes del mas profundo silencio interrumpido únicamente por el trueno que se apagaba poco á poco retumbando á lo lejos, volvieron mas tranquilos á su tarea. Cuando menos lo pensaban volvió á llamarles la atencion un grito espantoso que lanzó una muger entre ellos. Todos fijaron la vista en aquella muger, y mirando despues hácia donde señalaba con el dedo, descubrieron, ¡oh cielos! una columna espesa de humo, que salia del pueblo. A los pocos momentos se elevó hácia el cielo una llamarada de color de púrpura, que al parecer se estendia con una rapidez estraordinaria. No parecia sino que todos habian sido heridos á un tiempo por el rayo; el susto los habia dejado como petrificados, y cuando al fin volvieron de su espanto esclamó Catalina dando un grito:—¡Eso es en casa!

—¡Pobre Margarita! gritó Tomás con voz atronadora, y apretó á correr despavorido.

—Hija de mi vida, dijo Catalina sollozando, y probó á seguir á su marido, pero las fuerzas la abandonaron; las rodillas se le doblaban y los pies se le quedaban clavados en el suelo como si la tierra estuviese mojada. Conociendo su debilidad alargó los brazos á su ma-

© Biblioteca Nacional de España

rido en ademan de suplicarle que no la abandonase, y la llevase consigo, pero él sin cesar de correr respondió: No puedo; y dejó allí á la pobre madre entregada á la desesperacion.

Eso es lo que sucede cuando el hombre se deja sobrecoger del espanto. Con quitar un caballo del carro y montarse en él hubiera llegado Tomás al pueblo mucho antes, pero era tal su azoramiento, que no pensó en semejante cosa y á nadie se le ocurrió tampoco aconsejárselo. Con la mayor fatiga iba Catalina arrastrándose hácia el pueblo, y todos la dejaron atras sin que ninguno se compadeciese al verla tan desfallecida.

Por desgracia no se habia engañado Catalina. Cuando Tomás llegó al pueblo, toda su alqueria estaba ardiendo. Horribles eran los estragos que las llamas hacian, pues habiéndose apoderado de las mieses, devoraban rápidamente el granero, las habitaciones y los establos. Por todas partes habia un calor insoportable y un humo que sofocaba. Las vacas amarradas al pesebre y abandonadas, sin poderse valer, á los mas crueles tormentos, lanzaban bramidos espantosos. Las palomas, las gallinas, las ovejas, los cerdos, todo perecia en el incendio. Las aves despues de haberse chamuscado los alas, se arrojaban á las llamas como desesperadas; los demas animales se refugiaban al establo, aunque estaba ardiendo, para huir del devastador elemento, pero Tomás no veia ni oia nada de lo que pasaba en derredor. Ni una sola alma habia cerca de la alqueria incendiada, á quien hubiera podido preguntar por su hija.

—¡Margarita! gritó con voz atronadora, y precipitándose en aquel mar de fuego se abrió paso hasta la habitacion principal, pero su hija no estaba allí. Al traves del humo y de las llamas penetró en la alcoba, y viendo la hucha que contenia todo su dinero, la dió un puntapie, pues lo que él buscaba era su hija, pero tampoco allí la encontró. Por todos lados le rodeaban las llamas y se desplomaban las vigas abrasadas con un estrépito horroroso arrastrando tras sí una lluvia de ascuas, pero nada bastaba para detener á Tomás en sus pesquisas. Unas veces llamaba á Margarita, otras á Pablo y otras á Isabel, que era el nombre de la muger á quien habia confiado su hija. Por último cuando el fuego y el humo llegaron á tal punto, que ya no podia respirar, se salió de la casa y encontró á su gente muy afanada por salvar al ganado.

—Dejad que todo se queme, les gritó, yo no quiero mas que mi hija.

Los criados se asustaron al ver á su señor, que parecia un loco furioso con la cara negra del humo, el pelo chamuscado y los vestidos ardiéndosele encima del cuerpo. Apenas habia respirado Tomás al aire libre, cuando quiso volver á entrar en las llamas, aunque era evidente que todos debian haber perecido ya en aquel incendio tan horroroso, y que cualquiera que intentase penetrar en él pagaria su temeridad con la vida irremisiblemente. Su gente no sabia como apartarle de aquel riesgo tan inminente, cuando uno de ellos dijo en alta voz:—Allí viene Isabel.

—¿Dónde? ¿dónde? preguntó Tomás con impaciencia y se dirigió apresuradamente hácia la vieja, que se acercaba jadeando bajo el peso de una porcion de trastos que habia sacado de su casa.

—¡Muger ó demonio! ¿dónde está mi Margarita? la preguntó Tomás asiéndola fuertemente por un brazo.

—¡Jesus! gritó la muger asustada, al ver los ojos furibundos de Tomás, que se le salian materialmente de las órbitas; cuando empezó el fuego, la llevé al último estremo del jardin y se la dí á Pablo, y él me prometió estarse con ella y cuidarla hasta que yo volviese. Yo he ido solamente á poner en salvo mis pocos trastos, pero nada mas.

¡Ah! replicó Tomás, quiera Dios que por tus miserables trastos no hayas dejado perecer á quien mas queria yo en este mundo, pues te habia de costar muy caro. Al decir esto echó á rodar á la muger de un empujon y apretó á correr hácia el jardin. Este se hallaba tambien en un estado lamentable. El calor que allí se sentia era casi insoportable; el suelo estaba sembrado de hojas abrasadas, los árboles ennegre-

© Biblioteca Nacional de España

cidos del humo habian quedado en esqueleto, y muchos de ellos eran ya presa de las llamas. Como un desesperado recorrió el desgraciado padre todo el jardin, registrando hasta los rincones mas apartados, y llamando infructuosamente á Pablo y á Margarita. Un incendio interior mucho peor que el que devoraba su hacienda le abrasaba el pecho, la garganta y la boca, y le habia resecado la lengua. Al fin cansado de sus inútiles pesquisas volvió al parage donde habia dejado á Isabel, la cual por fortuna suya habia escapado sin que nadie supiese adonde. La desesperacion de Tomás habia llegado casi á su colmo, cuando vieron venir á Pablo muy despacito y como intimidado y despavorido. En la mano derecha traia una jarra de barro con la cual se dirigia hácia la cueva, donde solia estar la leche, y cuya entrada se hallaba fuera de la casa cerca del establo, de suerte que el fuego no habia podido llegar hasta allí.

Como un tigre se avalanzó Tomás á Pablo preguntándole con furia:—¿Dónde está mi hija, mi Margarita? y agarrándole por el cuello como un ave de rapiña.

—Suéltame, contestó Pablo al instante, que voy á dar de beber á mi pobrecita niña. ¡Si vieras que llamas hay por todas partes! Diciendo estas palabras trataba siempre de encaminarse hácia la cueva.

—¿Adónde, dime, á dónde has llevado á mi hija?

—Allá, allá, respondió el demente señalando hácia la casa incendiada, de detras de la cual habia salido. Suéltame, inhumano, ¿no oyes á mi niña llorar de sed? quiere beber y le voy á llevar leche fresca, hermosa, blanca como la nieve. Calla, calla, Luisita mia, que allá voy. Diciendo esto trataba cada vez con mas afan de desasirse de la mano de Tomás, que le tenia sujeto con una fuerza irresistible.

—Malvado, le dijo Tomás hecho una furia, ¿por qué no has dejado á mi hija en el jardin como te lo habia mandado Isabel?

Pablo contestó meneando su cabeza encanecida:

—¿En el jardin?.. no... allí caian arremolinados muchos copos de fuego peores que los blancos de las montañas y hacian á mi Luisita mas daño que aquellos. Por eso cogí al angelito en mis brazos, y la llevé á mi cuartito que es tan silencioso, tan solitario...

—¿A tu cuarto? ¿arriba al último piso? Apenas tuvo aliento Tomás para articular estas palabras.

—Si, si, contestó Pablo, haciendo un movimiento con la cabeza y sonriéndose muy contento.

Entonces fué cuando el infeliz Tomás acabó de perder los estribos, y soltando á Pablo para arrancarle la jarra de la mano, se la hizo mil pedazos sobre la cabeza.

—Pues muere, loco de los infiernos, gritó encolerizado al dar al anciano aquel golpe tan atroz. Pablo lanzó un grito espantoso, titubeó unos momentos y cayó tendido cuán largo era. Tomás se dirigió corriendo como un frenético hácia su casa, pero al ir á entrar se vino toda ella abajo con un estrépito horroroso. En aquel mismo momento llegó la infeliz Catalina pálida como un cadáver, desgreñada y con los pies chorreando sangre. Estaba tan débil y fatigada que solo á duras penas pudo pronunciar estas palabras:—¡Margarita! ¿dónde... esta.... mi Margarita?

Tomás, que se habia dejado caer completamente desfallecido sobre un monton de escombros, que aun humeaban, se levantó al ver á su muger, la cogió de la mano y conduciéndola lo mas cerca que pudo al fuego, la dijo:—¿No oyes ahi entre las brasas los gemidos de una niña desvalida? ¿no ves como se enrosca su cuerpecito bajo las llamas devoradoras? ¿cómo saca de su cuna ardiendo los bracitos para pedir socorro? ¿cómo se encogen sus tendones, se tuestan sus miembros y toda ella se reduce á carbon? Pues esa es nuestra Margarita, y ese viejo loco es quien la ha arrojado al fuego.

Al oir esto lanzó Catalina un grito de horror y cayó al suelo desmayada. Tomás sin hacer caso de ella se quedó cruzado de brazos y fijos los ojos en los restos del fuego como si esperase hallar entre ellos el cadáver de su hija.

© Biblioteca Nacional de España

Entretanto llegaron los señores del lugar, á quienes los criados de Tomás habian llevado la noticia de las desgracias ocurridas. Mientras el baron se afanaba por hacer volver en sí á la infeliz Catalina, la baronesa se acercó á Tomás, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo enternecida:—¡Pobre Tomás! Bien sé lo que sufrirá vd., por que yo tambien he perdido una hija.

Tomás volvió la cabeza despavorido y al ver que la Baronesa lloraba, no pudo menos de enternecerse tambien, y pasándose la mano por la cara contestó sollozando amargamente. Es verdad, señora, pero V. E. tenia tres hijos y yo nada mas que uno.

—Lo mismo da tener tres que uno, replicó la baronesa: el sentimiento que causa la muerte de un hijo es siempre igual.

—Pero mi Margarita, respondió Tomás, ha tenido una muerte tan lastimosa, tan atroz.

—Pues la de mi hija fué mucho peor, dijo la baronesa. Créame vd., Tomas, Margarita habrá padecido diez minutos cuando mas, pero mi Matilde estuvo luchando muchos dias con todos los horrores de la muerte. Tenia la garganta tan hinchada que apenas podia respirar, y la boca tan escocida que todo lo que bebia la parecia plomo derretido.

Tomás se estremeció y dando rienda suelta á su llanto, añadió.—Si, pero V. E. tuvo el consuelo de ver á su hija hasta el último momento, de cerrarla los ojos y de enterrarla en lugar sagrado, y yo no puedo recoger siquiera los huesos carbonizados, ¡que digo! ni las cenizas de Margarita. Tampoco puedo adornar su atahud con flores, ni cubrir de yerba su sepulcro. Nadie sabrá donde descansa mi hija.

—Eso no importa, amigo mio, pues su espíritu habrá vuelto á Dios, de quien era parte. Aunque el cuerpo se pudra donde quiera, como no es mas que polvo.....

En esto fué interrumpida la baronesa por el ruido de un coche que venia hácia aquel sitio. Apenas se detuvieron los fogosos caballos que traia, cuando se abrió de repente la portezuela y Luisa se echó afuera de un salto. ¡Dios mio! bien me lo decia á mí el corazon, esclamó adelantándose hácia los que allí estaban. Sus padres y el doctor Jenner venian de tras de ella, pero nadie pudo entregarse completamente al regocijo de volverse á ver por la situacion que los afligia en aquellos momentos.

—Pobre Tomás, dijo Luisa llorando y acariciándole, tranquilícese vd. Ya he recobrado á mis padres que son ricos y no abandonarán á mi segundo padre en tan triste situacion. Ademas el rey y sus niños me han hecho regalos preciosos y de tanto valor, que vendiéndolos sacaré de seguro el dinero necesario para volver á levantar la casa de labor. En ninguna cosa mejor podria emplearlo; con que no se desanime vd.

Tomás se sonrió con amargura y esclamó: ¡Qué diantre! ¡una sonrisa de mi hija valia mas que todas las riquezas del mundo! El diamante mas precioso es una cosa despreciable al lado de sus ojos tan hermosos como soles. Venga mi hija y me iré con gusto á pedir una limosna.

—¿Pues qué hay? preguntó Luisa temblando, ¿qué le ha sucedido á mi Margarita? ¿dónde está la pobrecita?

—¡Muerta! respondió Tomás traspasado de dolor, ó por mejor decir asada como un inocente corderillo.

—¿Y Pablo? Tampoco le veo aqui, dijo Luisa cada vez mas sobresaltada.

—¡Ah! esclamó Tomás irritado, no me hables de ese mónstruo. ¡Maldita sea la hora, en que le acogí en mi casa! ¡Así no le hubiera visto jamás, ni á tí tampoco! ¡Así hubiera tenido un corazon de bronce cuando os trajeron á mi casa medio muertos!

¡Así no hubiera tenido tierras y no me hubiera separado de mi Margarita! ¡Así hubiera....

—Así hubiera puesto un pararayos en mi casa, le interrumpió Jenner indignado, para que la exhalacion hubiera bajado por él sin hacer daño. Si, si, Tomás, míreme vd. bien. Ya que no queria vd. entremeterse en lo que Dios tiene dispuesto, ¿por qué no se humilla vd. ahora ante su alta sabiduria, que ha lanzado el rayo sobre la casa de la-

© Biblioteca Nacional de España

bor? ¡Pero asi sucede siempre! Despues de haber provocado temerariamente al Ser Supremo, rehusando los medios que nos ha concedido para preservarnos de la tempestad y las viruelas, quiere vd. descargar su cólera sobre quien no tiene la menor culpa en lugar de pegar consigo mismo. Siento mucho tenerle que tratar á vd. con tanta dureza, pero una medicina suave no le hace á vd. ninguna sensacion segun parece.

Con estas palabras el furor de Tomás se convirtió en tristeza. Quedóse muy pensativo, y al cabo lanzando un suspiro, dijo:—Puede que tenga vd. razon, señor doctor, pero seria como un leño, si no sintiese las desgracias que se me han venido encima.

—Pero ¿dónde está Pablo? volvió á preguntar Luisa mirando á todas partes con inquietud.

Tomás bajó los ojos avergonzado y dijo bastante perplejo—¡Dios sabe dónde! como antes no estaba en mi juicio, le traté muy mal y aun creo que le di un porrazo, dejándole tendido alli cerca de la cueva.

Todos dirigieron la vista hácia aquel punto, pero alli no habia tal Pablo, sino solo un charquetal de sangre. Luisa se dirigió corriendo hácia allá y gritando lastimosamente:—¡Aquí empieza el rastro de sangre! le fué siguiendo á toda prisa. No tardó en desaparecer detrás de la casa quemada, y guiada siempre por las gotas de sangre, llegó en fin á los sauces situados á la orilla del estanque, y de los cuales hemos hablado varias veces, los demas iban mas despacio, pero oyeron de repente un grito espantoso que dió Luisa, y recelando que hubiese sucedido otra desgracia, aceleraron el paso. Luisa les salió al encuentro pálida como un cadáver, y gritando despavorida. ¡Margarita vive.... pero Pablo está muerto!

Ninguno de cuantos alli habia pudo contener las lágrimas al contemplar el cuadro que se presentó á su vista. El corazon mas empedernido no hubiera podido menos de enternecerse. El buen anciano Pablo yacia tendido sobre la fresca yerba de un parage sombrío, al que no sin razon habia dado antes el nombre de su cuartito tranquilo y silencioso. De una herida profunda, que tenia encima de la frente, corria un reguero de sangre que teñia de color de púrpura, sus plateados cabellos y el tapiz de césped. La mano derecha sostenia el estremo superior de un colchoncito, la izquierda descansaba encima, aunque mas abajo, y entre los dos brazos protectores del anciano dormia Margarita dulcemente en su bien mullido lecho de pluma. Sobre sus carrillos, que parecian dos manzanas, brillaban dos lágrimas medio secas. A cierta distancia se veia el fondo de un cacharro con un poco de agua. Alli era á donde el pobre Pablo, viendo que el jardin ofrecia riesgo, habia llevado á la niña que se le habia confiado procurando protegerla hasta en la agonía de la muerte.

Catalina se apoderó al instante de su hija saltando de gozo, pero Tomás no se atrevió á acercarse á ella ni á manifestar el menor contento. Lo que hizo fué ponerse de rodillas á cierta distancia, y alargar los brazos hácia el asesinado con muestras de desesperacion. En sus facciones y en todos los movimientos de su cuerpo se conocian los atroces remordimientos que le atormentaban interiormente.

Todos se compadecieron de él al verle tan desesperado, menos el doctor, el cual con su severidad acostumbrada le echó una mirada iracunda diciéndole. —En esta ocasion si que ha contrariado vd. los decretos del Señor, que dijo, *la venganza es mia, yo daré á cada cual su merecido,* pero no hubiera sido así, si hubiese vd. puesto un pararayos en su casa ó permitido que vacunásemos á Margarita.

Tomás no contestó nada á esta reconvencion y continuó dándose golpes en el pecho y arrancándose el pelo. Al cabo de un rato preguntó suspirando: ¿Pero vive todavia? ¿no es posible volverle á la vida? Antes se creia Tomás el mas infeliz de los mortales con haber perdido á su hija, pero despues conoció que es mucho mas desgraciado el que ha agravado su conciencia con un asesinato. No hay pluma que describa la horrible situacion y el aspecto de un asesino. Tomás estaba desconocido, pues de tal suerte se habia desfigurado,

© Biblioteca Nacional de España

en un momento con el sentimiento de su culpa. Hasta el mismo Jenner se movió á compasion viéndole en un estado tan deplorable.

—Aun vive Pablo, le dijo con afabilidad, pues sino no le echaria sangre la herida A falta de esponja tomó un pañuelo suave, fué á mojarlo en el agua del estanque y se puso á lavar la herida y á registrarla.

Durante la esploracion apenas se atrevia á respirar, y arrodillado todavia sobre la yerba tenia las manos cruzadas como si esperase la sentencia de vida ó muerte. Tambien los demas aguardaban con silencio é impaciencia la decision del facultativo.

Al cabo de un rato prorumpió Jenner en estas palabras:—Gracias á que el alfarero no quiso gastar mucha leña, cuando coció el condenado del cacharro, pues si el barro no hubiera sido tan blando y la herida penetrase tres líneas mas, ya hubiera espirado el pobre Pablo. La pérdida de sangre no deja de ser considerable, y las fuerzas de este buen anciano no son gran cosa, pero con todo, el médico no debe perder las esperanzas, mientras sienta el pulso y oiga la respiracion.

Con estas palabras del doctor se sintió Tomás aligerado del enorme peso que le oprimia el corazon, y entonces se animó á estrechar contra su corazon á la hija, que habia dado por pérdida, participando de la alegria indecible de su muger. Sin embargo, no fué posible apartarle del lado del exánime Pablo hasta que despues de vendado y trasladado al palacio declaró el doctor Jenner que ya estaba fuera de peligro.

Pablo tardó mucho tiempo en volver en sí. Por disposicion del facultativo cuando abrió los ojos por primera vez se encontró con su señor y con Luisa, los cuales habian estado esperando aquel momento con la mayor impaciencia. Asustado el enfermo hizo ademan de levantarse de la cama, pero el padre de Luisa se lo impidió.

—¿Cuánto tiempo he pasado durmiendo? preguntó Pablo con inquietud...ó... ¿he estado por ventura enfermo? porque tengo la cabeza muy débil.

—Ya se vé que has estado muy malo, pobrecillo, le dijo el baron muy gozoso alargándole la mano, y Pablo se la besó con efusion. Pero ahora ya estás fuera de peligro y no tienes mas que cuidarte mucho.

—He soñado tantos disparates, añadió el enfermo, tan pronto con nieve y fuego como que me habia helado y estaba ardiendo una casa; tambien que me habian maltratado unos muchachos, que tenia yo una niña que se llamaba Margarita, y que vino un hombre y me dió un porrazo en la cabeza.

—Si, todo lo hemos oido, contestó Allan de Léven, pues buenos gritos has dado en tu delirio, pero no te acuerdes ya de eso, y piensa solo en restablecerte completamente.

—¿Pero dónde está mi buena señora? volvió á preguntar Pablo; tambien he soñado que nos la habian llevado de casa.

A una seña del baron entró en el cuarto la madre de Luisa. Tanto se alegró ella de que Pablo hubiese recobrado el juicio, como él de volver á ver á su señora. Como el enfermo estaba todavía tan delicado, tuvieron que dejarle solo, con lo cual no tardó en entregarse á un sueño tranquilo y reparador. Entretanto se hallaba Tomás en el cuarto inmediato agoviado de pesadumbre.

—¿Cómo está? le preguntó con mucho afan el doctor, cuando le vió salir de la habitacion del enfermo.

—Mucho mejor de lo que se esperaba, respondió Jenner, pues gracias á Dios ha recobrado Pablo la razon. El golpe que llevó en la cabeza, la mucha sangre que ha perdido, y tal vez tambien el susto que le causó el fuego, han contribuido á ello. Pero cuidado, Tomás, con hacer mérito de ello, pues solo lo debemos á la divina Providencia que hace redundar en bien hasta las maldades que ejecutamos.

Tomás le confesó que tenia razon, y se puso tan contento, que no cabia en sí de gozo.—¿Pero no puedo entrar á verle, preguntó con impaciencia, para pedirle perdon del mal que le he hecho y darle las gracias por haber salvado á mi hija? No estaré completamente tranquilo hasta que Pablo me haya perdonado.

© Biblioteca Nacional de España

—Todavía no, contestó Jenner. Cuando el enfermo tenga las fuerzas suficientes, yo le avisaré á vd. Por el pronto es preciso no molestarle todavía, pues de lo contrario sería muy fácil que volviese á su demencia.

De allí á pocos dias llegó el momento deseado. Poco á poco se le fué preparando al convaleciente, aunque él sin necesidad de eso habia ido recordando cada vez mejor todo lo acaecido anteriormente.

La habitacion en que estaba Pablo se fué llenando poco á poco de personas conocidas. Primero entraron Allan de Léven, su esposa y Luisa: despues el baron de Mosby, la baronesa, sus dos niños y el señor de Middleton; en seguida Catalina con su Margarita en brazos, y el último de todos el contrito y abatido Tomás. El y Pablo derramaron copiosas lágrimas cuando se dieron la mano y se abrazaron. Pablo le dió las gracias por haberle acogido en su casa tan amistosamente y por los cuidados que le habia dispensado tanto tiempo, pero Tomás le dijo que lo que habia hecho por él no era nada, que se tenia por un malvado, y que solo deseaba que le perdonase el mal que le habia hecho en un instante de arrebato. Despues le llevó su niña y esta echó sus bracitos al cuello de su libertador con una sonrisa angelical, mientras que Catalina le manifestaba su gratitud con las mas tiernas espresiones. El padre de Luisa estrechó en sus brazos á Tomás y á Catalina mostrándose muy agradecido, porque habian hecho las veces de padres para con su hija.

—Para satisfacer una pequeña parte de lo mucho que os debo, les dijo Allan de Léven, haré reedificar la casa de labor y dejar bien provistos los graneros y los establos. Dios me ha dado muchos bienes, y ademas nuestro buen monarca se ha dignado aumentármelos, indemnizándome asi con usura de los males que se me habian ocasionado....

—Si, si, le interrumpió el doctor Jenner, el cual no hubiera hecho mal predicador, las desgracias que todos vds. han sufrido en este tiempo, no son nada en comparacion de los bienes que han resultado de ellas. Ya sé lo que quiere decir ese suspiro, señora baronesa de Mosby, pero tampoco á vd. le ha cabido la menor parte, si considera vd. que ahora tiene dos hijos escelentes y un ángel en el cielo. Ademas se ha hecho un descubrimiento utilísimo, de cuyas ventajas seguirá disfrutando la humanidad en todos tiempos; Pablo se ha curado de su demencia; Luisa ha vuelto á encontrar á sus padres, y á Tomás se le ha hecho entrar en razon aunque ha sido menester para ello Dios y ayuda; á no ser que, añadió dirigiendo la palabra á Tomás, se obstine vd. todavía en no poner para-rayos en su casa y en no vacunar á Margarita.

—Haré todo lo que se me mande, contestó Tomás con el mas pleno convencimiento.

—Eso me gusta, repuso Jenner, y me reconcilia enteramente con vd. Podemos, pues, afirmar que hasta el rayo y el incendio han tenido sus buenas resultas, y por eso dice con tanta verdad la Sagrada Escritura: que el Señor convierte en céfiros á sus ángeles y en llamas de fuego á los que le sirven.

¡Bendita sea su bondad!

GUSTAVO NIERITZ.

DULZURA. Las contestaciones dulces calman la ira; las palabras desagradables aumentan la cólera.

Salomon.

El que manda con imperio á sus inferiores suele hallar un gefe que haga lo mismo con él.

Máximas de los orientales.

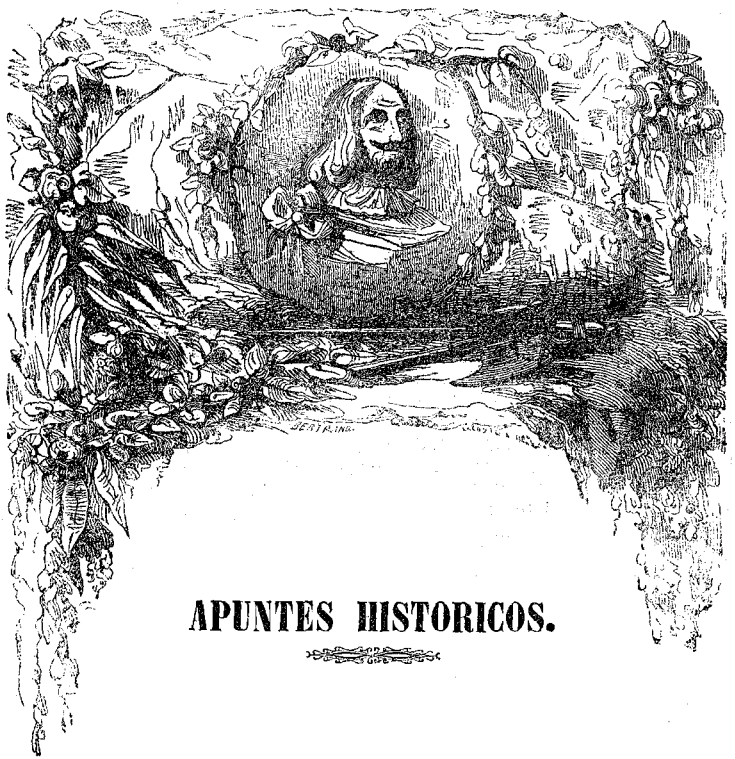
ESTUDIO. El estudio mas útil es el de sí mismo: los trabajos y ocupaciones de las aulas, solo sirven de escala para llegar á él.

J. J. Rousseau.

Si el acero aventaja al hierro es porque el trabajo le ha hecho mas perfecto.

Epicteto.

© Biblioteca Nacional de España



APUNTES HISTORICOS.

EL SITIO DE TARIFA.

I.

Don Alonso revocó su testamento á la hora de su muerte, y nombró por sucesor á don Sancho IV llamado el *Bravo*, y á pesar de encontrar parciales opositores la última disposicion del moribundo monarca, don Sancho fué aclamado por todos los pueblos que se apresuraron á rendirle homenage, y en consecuencia, su hermano el infante don Juan, abandonó el proyecto que habia concebido de apoderarse de Sevilla y Badajoz, que aseguraba pertenecerle, porque así lo decretó su difunto padre en su anterior disposicion testamentaria; pero aun cuando el infante don Juan cedió algun tanto en sus pretensiones, no dejó por eso de cimentar la discordia y la insurreccion en varias ocasiones contra su hermano Sancho el legítimo rey de Castilla; mas todas sus tentativas fueron sofocadas por las prudentes medidas de su hermano, que atajaron siempre el foco de la rebelion. Sin embargo, del buen régimen gubernativo que observaba en el dominio de sus estados, no pudo extinguir enteramente el fuego de la sedicion, la cual hacia vacilar sobre su cabeza una corona que fué adquirida de un modo tan violento.

El infante don Juan habia estado

© Biblioteca Nacional de España

preso por órden del rey, mas este benigno príncipe, lejos de castigar severamente los atentados de su rebelde hermano, le perdonó, y al cabo de algun tiempo le concedió la libertad. Don Juan aunque prometió no volver á seducir ni alucinar á los grandes de Castilla, cuando se vió en libertad, el instinto de la desordenada ambicion que le devoraba llamó á su corazon, y éste se encontró dispuesto á poner en práctica nuevos proyectos de rebelion. Con efecto se unió á los Laras y empezó á fomentar la discordia en los dominios de Sancho, pero este prudente monarca no fué esta vez menos afortunado que lo habia sido en épocas anteriores, para atajarla en sus principios, y don Juan al ver frustrada su nueva tentativa, y no contando ya con el perdon de su hermano, decidió, conociendo la gravedad de su delito, refugiarse en Portugal; pero su rey Dionisio le despidió de su territorio porque á la sazon se encontraba en perfecta armonia con don Sancho.

Embarcóse el infante con direccion á Francia creyendo hallar en este vecino reino una acogida mas análoga á su situacion y á sus intenciones; mas un viento contrario y peligroso condujo su embarcacion á Tánger. Por una triste fatalidad, sabemos todos que el enemigo encarnizado siempre camina alerta, y en cualquier parte donde se halle lleva en su compañia los pensamientos de acabar con su antagonista: digo esto, porque el vengativo infante, lejos de amilanarse con este imprevisto suceso, tuvo el suficiente talento y serenidad para sacar partido de la desgracia que le llevó á un pais enteramente opuesto á los reyes de España. Presentóse á Aben-Yucef, al cual aseguró que se habia desertado de su pais para ponerse bajo sus órdenes y pelear contra su hermano Sancho, rey de Castilla. El musulman que se encontraba dispuesto á invadir este reino, creyó de buena fé al ingenioso infante, y le dió el mando de cinco mil caballos con órden espresa de que marchase para atacar á Tarifa, punto cuya posesion deseaban los moros hacia mucho tiempo.

El dia 5 de octubre de 1292, se encontraba don Juan frente á los muros de Tarifa, con un poderoso ejército de musulmanes, y poco despues envió un escrito al gobernador de esta plaza, intimándole la rendicion; pero el gobernador era don Alonso Perez de Guzman, caballero leal, noble y aguerrido, y el que en épocas anteriores habia dado pruebas de su acrisolada lealtad y valor, por lo que no es estraño que contestase al rebelde infante con la mas decidida y enérgica negativa, «asegurando que mientras quedase en la plaza un solo soldado fiel á su mando se defenderia, y en caso que éste le faltase moriria él mismo peleando contra los enemigos de don Sancho y de la cristiandad,» palabras que oyó don Juan con harto enojo para que no buscase todos los medios posibles para acabar con tan valiente caballero.

Pero pasemos al acontecimiento principal del presente artículo.

Guzman, no bien hubo dado esta contestacion al infante, se dirigió á sus tropas y las arengó con entusiasmo: entró despues en su domicilio, donde impaciente le esperaba su querida esposa, y un niño de siete años no cumplidos que vino á abrazarle preguntando.

—¿Han venido los moros, padre mio?

—Si, querido de mis entrañas, repuso el padre correspondiendo con amabilidad á sus infantiles caricias.

Despues se incorporó, miró á su esposa y la dijo:

—María, dentro de poco, tal vez procedan los enemigos al asalto, y el niño corre grande riesgo si no procuramos ponerle en salvo. Si los moros penetran en la ciudad, la sangre correrá á torrentes, y los defensores de Jesucristo y de su rey morirán asesinados bajo el filo de la corva cuchilla sarracena. ¿Qué dispones, María?

La esposa de Guzman miró á su niño con ternura, despues á su marido y contestó:

—Si, preciso es ponerle en salvo; pero ¿cómo separarme de su lado? Y si acompaño á mi amado hijo, ¿cómo abandonar á mi buen esposo en medio de los peligros qué le rodean?

—Salva á tu hijo, María, dijo Guz-

© Biblioteca Nacional de España

man; mucho le quieres como madre, mucho le amo tambien como padre. El dia que no recibo una tierna caricia suya, no me abandona una siniestra inquietud; pero tambien es verdad que le amo demasiado para esponerle al furor de nuestros enemigos.

Por último padre y madre decidieron, como era natural, alejar al niño de Tarifa, para lo cual llamaron á Pablo, hombre que frisaba en los cuarenta y cinco años, soldado antiguo, valiente, entusiasta de los hechos de don Alonso Perez de Guzman, el que lo tuvo á su lado conociendo las dotes que recomendaban tan favorablemente á este fiel veterano.

—Pablo, dijo Guzman; preciso es que acompañes á mi hijo: he resuelto alejarle de esta ciudad.

—¿Cómo, señor? repuso el veterano; ¿No quereis que el noble sucesor de don Guzman presencie un asalto? Tiene siete años y ya es razon que se acostumbre al ruido de las armas.

—Es muy jóven, Pablo, respondió María: esponerle á los peligros que nos amenazan no es quererle.

—Os equivocais, señora, porque le quiero, porque le amo como á sus padres, deseo darle á conocer el sendero por donde se camina á la gloria; y entre guerreros asi se muestra el cariño.

—Basta Pablo, interrumpió Guzman, conozco los bellos sentimientos que te conducen á poner á prueba el valor de mi único hijo; pero me adhiero gustoso al parecer de su madre, y á la vez exijo la obediencia de tu parte sin que me repliques.

Pablo inclinó la cabeza en señal de sumision; despues miró al niño que examinaba, en un estremo de la estancia, la reluciente armadura de su padre, y esclamó lanzando un suspiro.

—¡Qué lástima! El prolijo exámen que está haciendo en este momento revela ya sus instintos.... ¿Es verdad, hijo mio? prosiguió acercándose al inocente. ¿Es verdad que tú deseas ceñir una armadura como esa y pelear contra los moros?

—Si, contestó el niño con estremada candidez: yo quiero ponerme una cosa como esta, y llevar en la mano una espada; y subirme en un caballo blanco como el de padre Alonso, y ponerme delante de los peones y de la caballería, y decir á los soldados aquellas palabras bonitas que dice padre y que hacen llorar á los guerreros....

—¿Y luego?... ¿qué mas, hijo mio? interrumpió Pablo mirándole con estremada agitacion y regocijo.

—Luego, continuó el niño, luego matar á esos hombres que llevan turbantes y una media luna en la cabeza.

—¡Dios bendiga tu lábio! gritó lleno de entusiasmo el viejo militar precipitándose hácia el jóven y besándole.

En tanto que el niño acariciaba el largo y espeso bigote de Pablo, Guzman y su esposa miraban enternecidos una escena tan digna de contemplacion, para los padres que ven en sus hijos ideas tan precoces y que revelan virtud y valentia.

Al fin quedó decidida la partida de Pablo y el hijo de Guzman.

A una media legua de Tarifa y á la derecha del punto donde los sitiadores sentaron sus reales, habia una especie de castillo ruinoso que llevaba el título de *Antigua fortaleza del duque Balonia*, cuyo edificio pertenecia á la sazon á un anciano caballero, íntimo amigo de Guzman; y como habitaba este recinto, y permanecia ageno á la campaña por hallarse enfermo, determinó poner á su hijo bajo el cuidado de este personage, conceptuando desde luego que con esta medida libraba al niño de todo género de peligros.

Pablo se vistió de aldeano, aunque debajo de su ropa llevó oculta una daga, y á las nueve de la noche de aquel mismo dia partió el antiguo soldado con el inocente, despues que sus padres le despidieron en medio de las mas tiernas y reiteradas caricias.

II.

Eran las diez, y ya se encontraban á larga distancia de los muros de Tarifa el veterano y el dulce objeto de su custodia. Durante la marcha, Pablo fué refiriendo al niño las diferentes acciones de guerra en que se habia encon-

© Biblioteca Nacional de España

FALTA

PAGINA

© Biblioteca Nacional de España

FALTA

PAGINA

© Biblioteca Nacional de España

sitio donde se halla el hijo del gobernador de Tarifa.

—Lo ignoro, respondió el conserge.

Entonces los mahometanos se avalanzaron á él con los alfanges desnudos, y el acometido comenzó á gritar pidiendo socorro. A los gritos de este hombre, acudieron varios criados que aunque armados, eran en número inferiores á los árabes, y no tuvieron otro remedio que sucumbir, y en su consecuencia los musulmanes despues de haber atado á los que se resistieron, subieron la primer escalera que encontraron, que era ancha y espaciosa; pero poco antes de llegar al arco del corredor, vieron bajar á un hombre armado.

—¿Dónde vais canalla? ¡Atrás!

Los moros se detuvieron, pero el mas audaz de los que subian, gritó á sus camaradas:

—¿Y os aterra un hombre solo?... ¿Un enemigo de nuestra ley? ¿Qué podrá su espada contra nuestros alfanges?

—¡A él! gritaron unos.

—¡A él! repitieron los demas encolerizados.

Pero Pablo como una fiera avanzó con espada en mano sobre el primero y le derribó en tierra herido de una estocada. Aprovechándose de esta sorpresa corrió en seguida sobre los demas que huyeron hasta la mitad de la escalera; pero reponiéndose de su primer espanto se abrieron en ala y á una señal subieron con ímpetu hasta llegar á donde estaba Pablo, el cual dando tajos á derecha é izquierda los recibió con ánimo y resolucion, y aunque se defendió valerosamente, al fin cayó de espaldas á consecuencia de una fuerte cuchillada que recibió en la cabeza. Entonces los musulmanes viendo derribado en tierra á tan temible adversario, penetraron mas en el interior del corredor á fin de hallar el objeto que iban buscando; mas ¿cómo encontrarle con la brevedad que su posicion exigia? No hubo otro remedio que comenzar á violentar todas las puertas que al paso se les presentaban; pero el inocente, predestinado á la mas horrorosa cautividad se delató á sí propio, porque habiendo despertado al ruido de las armas, y á los gritos de Pablo durante la encarnizada lucha, se levantó de su lecho, y dando golpes á la puerta de su estancia que halló cerrada, decia esforzando su débil voz.

—¡Pablo! Pablo! Sácame de aquí; ¡yo quiero saber lo que te sucede!

—¡Gracias sean dadas al poderoso Alá! dijo el gefe de los moros; ya sabemos donde está nuestro prisionero.

Y abriendo la puerta á la cual Alonso llamaba, entraron, se avalanzaron á él como tigres y le cogieron en brazos. El niño empleó todas sus fuerzas para separarse de aquellos hombres á quienes tanto aborrecia; pero los árabes le decian:

—¡Quieto, quieto, hijo mio! Si no te hacemos daño: el infante don Juan quiere conocerte, y vá á regalarte un caballo y una espada.

Alonso se tranquilizó algun tanto con esto que oyó de boca de los mahometanos, y rogando que le dejaran caminar, porque no se escaparia, le situaron en tierra, y seguidamente preguntó:

—¿Y mi amigo Pablo, dónde está? ¿Por que gritaba hace poco?

Diciendo esto, salió del aposento adelantándose al corredor, y á traves de una escasa luz que débilmente lucia en el arco, observó á un hombre que lanzaba tristes quejidos tendido en el suelo, y sin detenerse corrió hácia él.

—¡Pablo! esclamó horrorizado el inocente al reconocerle ¿te han herido los enemigos de Jesus?

—Si, repuso Pablo con voz ahogada y estrechándole contra su seno, defendiéndote me han dado la muerte.

El niño que veia nadar la cabeza del guerrero en un lago de sangre, se afectó de tal modo que apenas podia gritar pidiendo socorro para su amigo Pablo.

—¡Socorro á mi amigo! decia, que se muere, que le han herido los enemigos de Jesucristo!

Mas estas esclamaciones, aunque débiles, de todos eran escuchadas, pero ninguno podia acudir al auxilio del guerrero, porque el dueño de la *fortaleza* se hallaba impedido en su lecho, y sus servidores aun permanecian atados en el patio del castillo.

Finalmente, los moros arrancaron

© Biblioteca Nacional de España

con violencia de los brazos de Pablo al inocente, que amargamente llorando enjugaba con su ropa la sangre que á torrentes corria por el rostro de su anciano compañero.

—¡A los reales con el rapaz! dijo con voz de trueno el gefe de la cruel soldadesca. ¡A los reales! repitieron los otros.

Un momento despues, á pesar de su llanto y los esfuerzos que hacia, el hijo del gobernador de Tarifa se hallaba á gran distancia del castillo y cautivo del infante don Juan. Pablo habia sucumbido.

III.

Eran las doce del siguiente dia, hora en que la ciudad de Tarifa presentaba el aspecto mas imponente: sus almenas se hallaban coronadas de hombres armados y decididos en defender hasta exalar el último suspiro, la santa ley del Crucificado. ¡Antes la muerte que consentir que una soldadesca infame y cruel, acaudillada por un rebelde, penetre en el recinto de la heróica Tarifa! Todos, enmedio del mayor entusiasmo, se encontraban dispuestos á disparar sus ballestas contra el enemigo, á la menor señal. Los agarenos en vista de semejante decision, no es estraño que acudiesen á un medio violento y horroroso, para lograr su fin. Don Alonso Perez de Guzman, sentado á la mesa en compañia de su amada esposa, con voz grave y solemne decia:

—Demos gracias al Todo Poderoso, porque nos dá con mano benéfica el sustento que necesitamos nosotros los pecadores que tan poco lo merecemos.

Y echando en seguida la bendicion, comenzaron á comer.

—¿Estais triste, María? preguntó cariñosamente Guzman.

—Ayer, nos acompañaba Alonso, respondió María, y su inocente conversacion nos colmaba de placer.

—Pronto volvereis á tenerle á vuestro lado, señora: el bloqueo que presenciamos es transitorio: los enemigos miran nuestros muros con asombro y no se determinan á emprender el asalto.

—Señor, dijo un militar que se presentó.

—Hablad, Sandoval, repuso el gobernador.

—Acaba de presentarse en el campamento enemigo el infante don Juan, acompañado de los principales gefes del ejército musulman, y por medio de un heraldo ha dicho que quiere hablaros.

—Nada mas justo que complacer al hermano de mi rey y señor.

Y levantándose de la mesa, atravesó la ciudad, subió á la muralla y presenció el espectáculo siguiente.

El infante don Juan estaba sobre un hermoso caballo, al lado de una especie de terraplen, cercado por varios ginetes árabes, y en el cual habia un inocente y hermoso niño hincado de rodillas, con sus manecitas atadas, y no á mucha distancia de este pequeño cautivo un moro africano que tenia en su mano derecha una corba cuchilla; este negro parecia ser el terrible ejecutor de la inocente víctima. Don Alonso, antes que ver al infante, miró detenidamente aquella preciosa criatura que con sus rubios y rizados cabellos que caian sobre su blanca y desnuda espalda, parecia un ángel que habia descendido de los cielos.

—¡Padre mio! esclamó llorando el prisionero; dile á mi pobre madre que los enemigos del Redentor han matado á nuestro amigo Pablo, y que tambien á mí quieren darme la muerte.

El primer movimiento de Guzman fué cruzar las manos, y dejar salir de su pecho una dolorosa esclamacion, pero volviéndose á las tropas que le rodeaban fingió serenidad y dijo:

—No desmayeis, soldados: mi corazon tiene ahora la misma entereza, y el mismo afan por la victoria.

Dirigiéndose en seguida al campamento enemigo, prosiguió:

—¿Qué me quiere el infante don Juan?

—Escucha, gobernador, contestó en voz alta el príncipe cruel. Contempla la horrorosa posicion en que se encuentra el único hijo que Dios se ha servido darte: á su lado está el verdugo pendiente de una señal para desprender de su cuerpo su cabeza; pobre inocente, destinado á espiar la inobe-

© Biblioteca Nacional de España

diencia de su padre. ¿Quieres á tu hijo?

—Eso no se lo pregunteis á un padre.

—Pues bien, entrégame la ciudad, único medio que tienes para salvarle la vida.

Guzman se mordió los lábios; llevó la mano á su corazon, y le sintió palpitar con desorden; despues la llevó á su frente y observó que ardia.

—Príncipe cruel, repuso Guzman con voz temblona; escucha primero al padre y luego oye al soldado. No tengo mas que ese hijo, único bien que dulcificaba mi amarga existencia, y por el cual sacrificaria mil vidas que tuviera; pero como soldado y gobernador te digo que por lo mismo que vale mucho el hijo mio, no quiero rescatarle á precio de una vileza: si en ese campamento hace falta hierro para el sacrificio, toma éste.

Y dirigiendo su temblorosa mano á la cintura, sacó la daga y la arrojó á los pies del príncipe inhumano, volviendo las espaldas y bajando la escalera de la muralla. Detúvose luego en el último escalon, pues una fuerza invisible no le dejaba seguir adelante: vaciló un momento, quiso volver á subir y ofrecer á los musulmanes que les abriria las puertas de la ciudad, pero no bien hubo concebido este pensamiento, cuando la voz del honor tocó en su alma, y esto le dió nuevo impulso para sofocar sus sentimientos paternales. Cual un demente miró á sus tropas, y despues de una corta contemplacion dió un grito sobrenatural y dijo:

—¡Vivan los defensores de Tarifa!

—¡Padre, padre mio! por Dios, que no me maten, gritaba llorando el inocente al ver que su padre se alejaba.

—Media hora tienes de término para decidir, prosiguió el infante: una corneta te anunciará el sacrificio.

La esposa de Guzman que habia llegado á enterarse de cuanto ocurria salió frenética al encuentro de su marido, y con gritos desesperados y sollozos, esclamaba.

—¡Padre cruel! ¡Padre inhumano! ¿Tú mismo arrojas el acero para que asesinen á tu hijo?... ¡Verdugo!

Sube en seguida á la muralla, vé á su hijo que le llama diciendo.

—Madrecita mia, ruega á la Santísima Vírgen para que no me maten.

Esto aumentó el frenesí de María, que bajando de la muralla y recorriendo las calles como una demente, decia á los soldados y al pueblo.

—Entregaos, salvad á mi hijo; abrid las puertas al infante y á los moros.... Una madre os lo pide, os lo ruega, os lo suplica arrodillada. ¡Una madre á quien van á matarle su hijo no conoce el honor, no conoce mas que á su hijo!

Guzman sospechando que las esclamaciones sentimentales de su esposa infundirian el desaliento en el ánimo de sus subordinados, montó á caballo, y recorriendo la línea, alentó á sus tropas diciéndolas:

—Oid al gobernador, no presteis oidos á la madre.... valor, valor, hijos mios.

A este tiempo se oyó un prolongado toque de corneta y un grito general de espanto. La espada que Guzman llevaba en la mano cayó en tierra en este instante, y esforzándose por aparentar que nada le pasaba, prosiguió arengando á sus tropas. María corrió segunda vez á la muralla, y al ver rodar la preciosa cabeza de su hijo por el terraplen, lanzó un grito de terror cayendo accidentada en los brazos de aquellos que la seguian para su socorro. Esta afligida señora, falleció á los tres dias en los brazos de su marido en medio de la fiebre mas espantosa.

Guzman una vez que logró verse solo en su aposento, seguro de que nadie le veia dijo entornando las puertas.

—Ahora que me hallo sin testigos, dejaré de ser guerrero, que harto deseaba ser padre para desahogar mi comprimido corazon.

Y diciendo esto, soltó las riendas á su llanto y lamentó la pérdida de los objetos que mas idolatraba en este mundo.

Pero pasada una media hora fué interrumpido con la presencia de algunos oficiales que vinieron á anunciarle que los musulmanes daban el asalto. Guzman acudió furioso, y fácil es presumir el denuedo con que los sitiados se

© Biblioteca Nacional de España

defenderian. Rechazados los enemigos levantaron el sitio, repasaron el estrecho, y el infante se retiró á Granada.

Una hora despues salió Guzman de la ciudad enfurecido, y situándose en el parage que habia servido de embarque á los mahometanos, mirando á lo lejos

la nave que les conducia, juró vengarse con usura de la muerte de su esposa y de su hijo. La historia comprueba por sus hechos posteriores que no hizo en vano su juramento.

El rey don Sancho, en vista de tan grande heroicidad, mandó que se le llamase don Alonso Perez de Guzman *el Bueno*.

I. A. Bermejo.

© Biblioteca Nacional de España

HOMBRES CELEBRES.

CARLOS II DE INGLATERRA.

Son las doce de una noche oscura y tenebrosa, y en la que dos hombres disfrazados de aldeanos, despues de haber salido de un espeso bosque donde habian permanecido ocultos todo el dia, se hallan en una dilatada llanura distante una media legua de Lóndres. El mas jóven de los nocturnos viageros, al llegar á la inmediacion del estenso campo, dirige su vista al cielo y esclama con acento dolorido:

—¡Aquí, señor, brillaron á la clara luz del dia, las armas de los enemigos de Inglaterra! Tú, señor, has consentido que Cárlos II puesto á la cabeza de un ejército escocés, fuese derrotado por el que mandára el humilde descendiente de un fabricante de cerveza. Allí estaba Cromwell, ¿no es verdad? dijo al acompañante. Allí, en aquella altura. ¿Viste con qué infernal complacencia miraba al triunfador ejército republicano?

Despues, cogiendo la mano de su compañero, prosiguió:

—Era la batalla decisiva; ella le aseguró su infausto dominio en Inglaterra.

El compañero solo procuró apartar de la mente del afligido viagero tan amargos recuerdos, y con palabras dulces y consoladoras, hizo que se encamináran hácia una humilde cabaña situada á unos doscientos pasos del sitio donde se encontraban. La blanca y tersa nieve que cubria la tierra, formaba un estraordinario contraste con la triste lobreguez del firmamento, que no consintió en dejar salir siquiera una estrella que sirviese de guia á los disfrazados caminantes. El cansancio, la fatiga consiguiente á una marcha continua y violenta, la melancolía que naturalmente engendra la precision de transitar por ocultos y estraviados senderos, amilanaron el ánimo abatido del jóven, que poco antes habia dirigido al cielo su reverente súplica, y á la manera de aquel que esperimenta un repentino y sentimental recuerdo que debilita su espíritu, así cayó sobre una piedra, y dando un fuerte suspiro, pronunció con voz ahogada estas palabras:

—¡No puedo mas! ¡Aquí hace poco tiempo que pensé escarmentar la tiránica soberbia del usurpador del trono de Inglaterra! Aquí pensé vengar la injusta muerte del mas virtuoso de los soberanos! Pero nada he conseguido.

El amigo del amilanado jóven volvió á dirigirle palabras de consuelo, dándole positivas esperanzas de su triunfo: esto le animó, y levantándose de la piedra donde se habia sentado, se encaminó á la cabaña resueltamente. Al fin llegaron; llaman á la puerta, pero nadie ha respondido.

—Hora molesta es en verdad á la que llegamos, dijo el jóven; ¿quién habitará este pobre domicilio? Vuelve á llamar, Ormondo.

Así lo hizo, y esta vez no tardó mucho tiempo en abrirse una ventana situada encima de la puerta, y en escucharse la simpática voz de una jóven que preguntó:

—¿Quién á esta hora se atreve á interrumpir la pacífica morada de un desgraciado?

—Niña, repuso el jóven alzando la cabeza, nada temais; otro desgraciado, es el que solicita vuestro benéfico socorro. Ya veis la nieve que está cayendo; sino dais albergue á estos dos fugitivos, serán víctimas de la mas rígida intemperie.

La jóven compasiva sin duda á la súplica de este inesperado viagero, contestó dulcemente, que pasaria á la habitacion de su anciano padre para ha-

© Biblioteca Nacional de España

cerle presente su peticion, y el ruido de los cristales que se cerraban anunció que la jóven habia desaparecido de la ventana. Al poco tiempo se abrió la puerta que daba salida al campo, y una muger anciana se presentó con una luz en la mano anunciando á los caminantes que podian entrar; los disfrazados fugitivos entraron despues de saludar á la buena muger que salió á recibirlos, y sin detenerse subieron por la escalera que se presentó á su vista. Cuando hubieron llegado á la mitad de los escalones se detuvieron para que la anciana los alumbrase y los sirviera de guia. Pocos momentos despues se encontraron en una reducida habitacion, desnuda de muebles, pero que los pocos que tenia revelaban á primera vista que el dueño que habitaba esta pobre mansion pertenecia á una clase elevada, y que solo el imperio de una suerte fatal le habia conducido á tan miserable estado. De frente á la puerta de la escalera habia una chimenea, en la cual ardian unos cuantos troncos; en medio se veía una mesa grande de pino cubierta con un paño fino y de color verde; sobre ésta parecian algunos libros lujosamente encuadernados, y una escribania de un valor material y positivo, al par que maravillosamente trabajada, y una lámpara de metal labrado, alumbraba estos objetos: en uno de los estremos de la mesa estaba colocado un grande sillon, sobre el cual se veía sentado á un hombre de avanzada edad, que aun cuando vestido con sencillez, dejaba entrever por su modesto ropage y sus maneras, cierto aire de noble aristocracia; su cabeza casi desnuda de cabellos, la estremada blancura de su rostro, la gravedad de su fisonomia y el ser ciego, eran cualidades que inspiraban respeto y veneracion hácia el que las poseia. A los lados de este anciano habia dos preciosas niñas, la una en ademan de estar leyendo, y la otra en actitud de escribir, pues con la pluma en la mano, mirando el escrito y suspensa, parecia hallarse pendiente de las inspiraciones del anciano. Cuando entraron los aldeanos el ciego se levantó, y con modales estremadamente finos los recibió con las siguientes palabras:

—Ignoro, señores, quienes sean las personas que se han servido favorecerme. El paso que acabo de dar, recibiéndoos en mi humilde morada, no es muy cuerdo á la verdad, si se tiene presente lo avanzado de la hora, y el encontrarme viejo, ciego, en compañia de estas dos jóvenes, que son mis hijas, que solo cuentan con su virtud para libertarse de los malos intentos de sus enemigos. La voz de la desgracia, ha resonado en mi corazon, y el noble y benéfico instinto de proteccion hácia mi semejante, es el que me ha hecho prestaros el auxilio que me habeis pedido. Si sois caballeros, y verdaderamente desgraciados, no dudo que sabreis respetar la triste posicion de este infortunado inglés.

—Vuestros recelos, repuso el jóven, son fundados, pero alejad de vuestra mente toda idea de temor, pues los dos hombres que habeis acogido en vuestro albergue, son dos caballeros; que sabrán respetar vuestra ancianidad, y el honor de estas dos preciosos criaturas que os acompañan.

—Entonces, contestó el ciego, aproximaos á la lumbre, y secareis vuestros húmedos vestidos, y si teneis necesidad de fortificar vuestro estómago con algun género de alimento, os contentareis con el que pueda proporcionaros.

—Gracias, repuso el jóven, solo exigimos habitar esta noche debajo de vuestro techo, y arrimados al fuego.... Pero no, seré yo solo el que reciba este favor, pues mi compañero tiene precision de marchar á Lóndres... No te detengas, amigo, prosiguió dirigiéndose á Ormondo; nada ignoras de cuanto tienes que hacer; esta misma noche, se decide la gran cuestion; infórmate de cuanto pasa, y quiera el cielo que tornes á esta morada, portador de una nueva favorable á mi triste y precaria situacion.

Ormondo que hasta entonces habia permanecido silencioso, saludó cortesmente á cuantos allí estaban, y bajando la escalera en compañia de la anciana que antes saliera á abrirle la puerta, dejó la humilde mansion del misterioso ciego, dirigiéndose á la gran metrópoli británica. Pero dejémosle caminar, y no perdamos de vista el interior

© Biblioteca Nacional de España

de la cabaña, que prestó asilo á nuestro disfrazado viagero.

—Continuad, dijo el jóven tomando asiento cerca de la chimenea, continuad vuestro interrumpido trabajo.

Mas el ciego no acertando á comprender lo que hubiese dado ocasion á la repentina ausencia de Ormondo, se manifestó algo receloso, temiendo algun incidente poco grato á su persona, y esto le determinó á hacer la siguiente pregunta, á la vez que se sentaba:

—Decidme, caballero, ¿me llamariais indiscreto si os preguntase vuestro nombre, y el fin que os proponeis en caminar por estos sitios y á horas tan estraviadas?

El jóven lanzó un profundo suspiro y contestó:

—La pregunta que me haceis, no es indiscreta, como sospechais que yo puedo interpretarla; la encuentro muy natural, pero tengo el sentimiento de anunciaros, que me es hoy imposible satisfaceros. Pero si encontrais algo de misterioso y enigmático en mí, tampoco dejo de hallar en vos, cierta apariencia incomprensible; vuestras maneras, la situacion en que os veo, y el modo no vulgar con que manifestais vuestras ideas, me hacen comprender en vos, cierta distincion, que armoniza bien poco con la modesta mansion que habitais. ¿Pudiérais decirme á quién tengo el honor de agradecer este benéfico hospedage?

—Solo puedo responderos, dijo el ciego, que soy un hombre de bien, pero desgraciado, y que para que nadie pueda conocerme sino bajo este nombre, hace algunos meses que resolví venir á esta pobre cabaña donde pienso que finalizarán los pocos dias que me restan de vida.

Las niñas á este tiempo, trataron de ocultar su llanto cubriendo su rostro con sus pañuelos, y el jóven conociendo que las palabras del padre desgarrarian el seno de las hijas, procuró dar un giro distinto á la conversacion diciendo.

—Bien, buen anciano, nada me reveleis, y proseguid vuestra tarea.

El anciano aceptó, pero dijo al mismo tiempo:

—Caballero, mi trabajo se reduce á un compendio de la historia de Inglaterra; la parte de que pienso ocuparme ahora es sumamente interesante, si sois buen inglés escuchadla con atencion.

—¡Hola! dijo el jóven disimulando su emocion; sois escritor, tarea espinosa es por cierto, la que os ocupa; escucharé con gusto lo que vais á dictar.

De las dos niñas, la mayor, tomó la pluma y se preparó á transmitir al papel las ideas de su anciano padre, el cual continuó del modo siguiente.

«Capítulo XII.—Presentimientos que tuvo Cárlos I de Inglaterra de acabar su reinado en un patíbulo, y el nombramiento de protector....»

—No prosigais, interrumpió el aldeano; antes que empeceis la sentimental narracion, de ese triste periodo de Cárlos I, yo puedo daros verdaderos y exactísimos pormenores de todo.

—Hablad, hablad, dijo con ansia el ciego, y colocó el codo de su brazo derecho sobre la mesa, y la palma de la mano la apoyó contra su megilla en ademan de escuchar; las interesantes pendolistas tambien pusieron la mayor atencion, y nuestro interlocutor comenzó á hablar así.

—Ya sabreis como en 1643, se vió precisado Cárlos I á fugarse de Lóndres, porque pedian su cabeza los que le derribaron del trono; tampoco ignorareis que dió muchas batallas á los parlamentarios, aun cuando infructuosas, y que la sangrienta derrota de Nazerbi en 1645, puso término á sus esperanzas de volver á empuñar el cetro. Verdad es que entonces se acogió al ejército de Escocia; pero tampoco es menos cierto que este ejército, le vendió al parlamento inglés por cien mil libras esterlinas. Poco antes de esta ominosa venta, entró Cárlos en su regia morada, amarillento, y dominado de una imponderable tristeza. Sentóse en un sillon y mandó á Wentworth, su único amigo, que hiciese llamar á la reina y á sus hijos, los cuales no dejaron pasar mucho tiempo sin que acudiesen. Cárlos entonces sentó á su hijo y primogénito, sobre su muslo derecho, la hermana del jóven sucesor, se postró de rodillas, la reina y Went-

© Biblioteca Nacional de España

worth, prestaron la mayor atencion, y el monarca de Inglaterra, se despidió para siempre de todos ellos, en medio del mas grande desconsuelo. En esta despedida manifestó el rey su presentimiento de que acabaria de una manera fatal; á las pocas horas, ya estaba vendido, y pocos meses despues, vió la capital de Lóndres, espirar en un suplicio al mejor de los soberanos, y al tirano Cromwell usurpar su trono.

—Poco amor manifestais al protector, caballero, dijo el ciego.

¡Preciso es que á estas horas arda en los infiernos!

—Pero aun reina en los corazones de algunos republicanos.

—¿Y vos le defendeis? preguntó el jóven encolerizado y poniéndose de pie.

—Venero sus cenizas, tanto como vos ultrajais su memoria.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Es posible que alabeis á ese déspota usurpador, que todo lo debió á la fortuna y á la inaudita tenacidad de su feroz carácter? ¿Ha conocido el mundo un ambicioso mayor? No penseis que Cromwell ha mandado los corazones del pueblo inglés, realistas, presbiterianos, republicanos, ejército, todos le han obedecido, pero con la conviccion de que su poder era transitorio...

—Si, pero á su muerte, el partido republicano ha elevado á su hijo Ricardo, que aunque le aborrezco por no reconocerle con el arrojo de su padre, veo sin embargo que es el símbolo de la republica de Inglaterra.

—Miserable, esclamé el jóven mas enfurecido, ¿te atreves en mi presencia á sostener con tal calor los injusto derechos de los asesinos de Cárlos I?

Las niñas asustadas, se pusieron de pie, y entre sollozos y súplicas trataron de apaciguar al resentido aldeano. El ciego que tambien se habia levantado de su asiento, esclamó:

—¡Realista de Satanás, poco importa que te enfurezcas contra mí. Ricardo Cromwell, sucesor de Oliverio rige aun los destinos de Inglaterra...!

A este tiempo se oyeron estrepitosas voces que daban vivas á Cárlos II de Inglaterra.

—Ya ves, contestó el jóven con calma, hasta donde llega la ceguedad de tu fanatismo.

—¿Qué quieren decir esos vivas, preguntó el anciano?

—Quieren decir, que Ricardo Cromwell, no queriendo conservar el mando como su padre á costa de asesinatos y de tropelias de toda especie, cede el mando en favor de su legítimo dueño Cárlos II que es el mismo que te dirige la palabra en este momento.

—¡El rey! esclamaron las niñas echándose á sus pies; pero el ciego, lejos de postrarse permaneció de pie y sin movimiento.

Cárlos II abrió la ventana y vió llegar hácia la cabaña á unos cuantos oficiales que venian entonando himnos pa-

trióticos. Pero no habia aun transcurrido una media hora cuando una multitud de hombres, alumbrados con hachas de viento y seguidos de Ormondo, de Monk, y de algunos otros personages afectos al rey, se acercaron á la cabaña dando los vivas mas entusiasmados al nuevo soberano de Inglaterra. Ormondo y Monk penetraron en la estancia del ciego en ocasion en que éste encolerizado dirigia las mas exageradas y casi insultantes esclamaciones

© Biblioteca Nacional de España

contra el débil Ricardo Cromwell, tanto que Cárlos mandó prenderle, deseando dar principio á la venganza de su padre, privando de la existencia á este anciano; pero las súplicas de sus inocentes hijas le enternecieron.

—Antes de ahora, dijo Monk, disteis palabra de perdonar á este hombre.

—¿Cómo? preguntó el rey, ¿le conozco?

—¿Recuerda V. M. cuando leyendo El Paraiso Perdido esclamasteis? «Sé que el autor de este libro es mi enemigo; Cromwell es su Mecenas, pero de tal manera me ha conmovido, que le perdono.»

—¿Pues qué, preguntó el rey con espanto, estoy en presencia de Milton?

—El mismo, soy señor, dijo el ciego con voz ahogada y postrándose de rodillas.

El autor del Paraiso Perdido, fué perdonado, y sus dos hijas pensionadas con largueza. El rey marchó para Lóndres en medio de víctores y aclamaciones, y en 1661 se encontraba sentado en el trono de Inglaterra.

Su primer propósito, fué vengar á toda costa la muerte de su padre, castigando á los autores y cómplices de ella, y diez de los mas delincuentes, sufrieron la pena de muerte; pero despues de un reinado azaroso y turbulento, murió sin dejar sucesion el año de 1685. Se cree que falleció en la creencia católica.

I. A. Bermejo.

APUNTES MORALES.

AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.

I.

EL NIÑO HERIDO.

En 1818, mientras que los ejércitos aliados ocupaban militarmente la Francia, esperimentaron una súbita é inesperada prosperidad, las ciudades del Norte donde á la sazon se encontraban acantonados los cuerpos mas considerables de las tropas rusas é inglesas: particularmente Cambrai, punto designado para servir de cuartel al estado mayor de lord Wellington, cambió enteramente de aspecto por la animacion que empezó á tener, por su riqueza y su comercio, lo que contribuyó á que poco á poco los habitantes de esta poblacion se fueran despojando del odio que profesaban á los que vieron entrar casi como dominadores. Los adelantos de los estrangeros, las grandes fiestas que celebraban, y sobre todo, el oro que esparcian á manos llenas, acabaron de ahogar la repugnancia con que eran mirados, y bien pronto se establecieron relaciones de amistad entre los habitantes y los insulares, y últimamente se familiarizaron con la vista de las tropas en términos de ver con curiosa solicitud el espectáculo que ofrecian sus revistas y paradas, cuyas formaciones disponia el generalísimo para no tener ociosos á sus soldados. La admirable precision de las maniobras, el esplendor y la riqueza de los uniformes y el encanto de las músicas militares, escusaran en parte la aficion que el pueblo manifestaba á este género de distracciones; todo el mundo hubiera comprendido el motivo por que se iba debilitando el rigorismo de sus principios patrióticos al ver estas estensas hileras de soldados, vestidos ora de un subido escarlata, ora de un verde sombrío, y entre cuyos colores resplandecian las vistosas capotas de

© Biblioteca Nacional de España

la guardia escocesa y sus gorras cargadas de plumas negras.

Tan pronto como se veia á las tropas dirigirse hácia el campo donde frecuentemente efectuaban sus evoluciones, la ciudad entera acudia presurosa con objeto de presenciar este risueño espectáculo, mientras que un pobre niño de doce años, pálido, enfermo, y sentado tristemente en un sillon colocado en el umbral de una libreria, veia pasar con sentimiento á los soldados y á la alegre y bulliciosa multitud. ¡Oh, cuánto no hubiera dado por poder marchar al lado de todos aquellos muchachos que al compas de los instrumentos iban imitando los movimientos de los músicos! ¡Cuánto no hubiera dado por correr y saltar del mismo modo que aquellos lo hacian! Pero le fué preciso dejar transcurrir los dias en la inaccion sin disfrutar ninguno de los placeres que proporciona la infancia; era preciso que su madre le sujetase á mil precauciones, sin las cuales pronto se malograria una existencia tan delicada, de billuz que era necesario proteger con la mano para que el mas leve soplo no la apagase.

Sin embargo una mañana en la que oyó la música militar tan llena de atractivos, se sintió con la suficiente

energia para satisfacer los deseos que tenia de hacer lo que los jóvenes de su edad, es decir, de asistir á estas bonitas evoluciones militares, de las cuales oia hablar con frecuencia dejándole tristemente suspenso. Levantóse sin ser visto de su sillon y arrojóse en medio de la multitud la que le fué llevando en su torrente; pero al instante el aire, el ruido, y aquel agitado movimiento le aturdieron; quiso detenerse pero en vano; quiso sostenerse, pero nadie le tendió la mano, y faltándole las fuerzas cayó sin conocimiento, en el instante que un cuerpo de caballeria precedia á las tropas haciendo retroceder á la apiñada multitud. El desgraciado niño recibió una pisada de caballo en la cabeza. De repente se oyó un grito general de sorpresa y dolor y todos acudieron hácia el niño. Mientras que contemplaban este cuerpo inanimado, un

© Biblioteca Nacional de España

estrangero que salia del espeso grupo de los curiosos, con aire de autoridad se abrió paso hasta llegar á donde estaba el herido; puso una rodilla en tierra, y esperimentó un sentimiento de espanto al considerar la profunda herida del jóven que dejaba ver una gran parte de su cerebro. No obstante, sin perder tiempo hizo pedazos su pañuelo y puso el primer aparato á la herida que creia mortal, tomó al niño en sus brazos, mandó que le condujesen á la morada del moribundo, y sin querer confiar á nadie tan dulce carga se dirigió á la libreria no muy lejana del sitio de la desgracia.

Queda á la contemplacion del lector el desconsuelo que la pobre madre del niño esperimentaria á vista del ensangrentado cadáver que le entregaban; pero esta era una muger de alma fuerte, acostumbrada hacia mucho tiempo á luchar contra los sufrimientos y la desgracia, de modo que en vez de entregarse á inútiles llantos y á quejas infructuosas, se armó de valor, preparó una cama á su niño y dió las órdenes mas terminantes y prontas para que al momento se marchase en busca de un cirujano. Indicó el lugar donde sobre poco mas ó menos se le hallaria, añadiendo algunos otros pormenores que aligeraban los cuidados hácia el jóven herido, y sin perder su presencia de ánimo se acercó á la cama donde el oficial inglés no cesaba de prodigar al desgraciado niño su mas esquisito cuidado.

—Señora, dijo despues de haber examinado detenidamente la herida, señora, yo respondo de sanar á su hijo de vd., si consiente en que yo me encargue de la cura.

La pobre madre miraba al estrangero con ojos que espresaban á un mismo tiempo, duda, esperanza, temor é incertidumbre.

—He estudiado cirugia mucho tiempo para poder llevar á buen término la cura de una herida de este género, continuó; no tema y tenga vd. confianza en lo que la digo.

La madre miró de nuevo al hombre que la hablaba, el cual tendria unos cuarenta y cinco años, poco mas ó menos; su frente estaba enteramente desnuda, y solo algunos cabellos rubios adornaban la parte posterior de su cabeza, lo que daba á su fisonomia una espresion de grave serenidad que simpatizaba desde luego; en fin no era dificil conocer bajo este severo y grave semblante una viva inclinacion hácia la beneficencia.

—Yo pongo mi confianza en vd., caballero, dijo la muger, pues un secreto presentimiento me dice que no errará la cura.

El estrangero se sonrió con frialdad, apuntó sobre una hoja de papel que arrancó de su cartera, una nota de los remedios que necesitaba, y mandó que se los trajesen al momento; cuando los tuvo en su poder procedió á la cura del niño herido con la misma agilidad y destreza que hubiera podido hacerlo el facultativo mas esperimentado.

—Ahora, amiga mia, dijo, dejadme solo con mi enfermo, del cual me separaré lo menos posible, y no reciba de nadie mas cuidados que los mios, y si vd. me permite escribiré á mi casa para que mi criado me traiga un catre de tigera sobre el que estoy muy acostumbrado á descansar: me lo pondrán aqui cerca del lecho de su hijo de vd. á fin de velarle esta noche, y cuando el niño esté algo mas aliviado haré que le conduzcan á mi casa con el objeto de cuidarle mejor.

Espresábase este hombre de tal manera, con cierto acento de grata autoridad, que la madre no pudo menos que consentir en cuanto se la propuso: ya se disponia la buena madre á salir de la habitacion, cuando llegó el facultativo á quien se habia mandado llamar: era hombre instruido en su profesion, sin embargo, despues de haber examinado detenidamente al herido, no pudo contener su sorpresa y admiracion viendo la manera casi maravillosa con que el inglés habia dispuesto el aparato en la herida de Samuel, que así se llamaba el jóven. En seguida pasó á ver á la señora de*** y le encargó que pusiera toda su confianza en el estrangero que se habia encargado de la cura de su hijo, y se ausentó dejándola llena de esperanza y consuelo.

© Biblioteca Nacional de España

El estrangero no abandonó al enfermo en toda la noche; la señora que tampoco dormia, como era de suponer, vino bastantes veces llena de inquietud, y se puso á escuchar á la puerta de aquel aposento, y oyó que en distintas veces lord E*** saltó de su cama, no bien el niño se quejaba, y le daba un brebage que él mismo habia preparado para calmar sus dolencias.

Esto duró tres dias, al cabo de los cuales el jóven volvió á recobrar su conocimiento y reconoció á su madre; si, á su pobre madre que lloraba de alegria y de dolor.

—Ya no hay nada que temer, señora, dijo el oficial inglés; sin embargo el estado de Samuel exige prolijos cuidados, y los que solamente yo puedo darle: como se lo propuse á vd. antes de ahora, voy á conducirle á mi casa donde un vasto y florido jardin que tengo y la amable sociedad de mis hijos harán mas dulce su convalecencia, y por consiguiente mas pronto recobrará su salud.

La señora de*** no sabia si acceder al grande sacrificio de separarse de su hijo; pero era preciso, porque solo á este precio, lord E*** respondia de la cura de Samuel, y por otra parte este caballero se habia conquistado el reconocimiento de esta señora, para que ésta dejase de consentir á cuanto la proponia. El niño, pues, dejó la casa materna y se trasladó á la de lord E***, el cual ocupaba en uno de los barrios mas retirados de la ciudad, una vasta mansion situada en medio de un magnífico jardin semejante á los que existen en la mayor parte de las ciudades de Holanda.

Todos los dias venia la señora de*** á visitar á su hijo, y por momentos iba conociendo los progresos de su convalecencia: no pasó mucho tiempo tampoco sin que fuese conducido al jardin y gozase de las dulces emanaciones de las flores y de las benéficas caricias de un sol de primavera; poco á poco el mismo Samuel pudo levantarse del sillon, sobre el cual pasaba los dias enteros mezclándose en los juegos de los hijos del lord; estos para tomar parte en el interés que su padre manifestaba al niño herido, renunciaron á sus carreras en el jardin, á sus egercicios de gimnástica, y á su caza de mariposas é insectos, á fin de acompañar á su convaleciente enfermito en los paseos que le hacian dar á todo lo largo del lado de un límpido arroyo, en el cual nadaban una infinidad de peces de distintos colores. Si Samuel esperimentaba la menor fatiga, le detenian. Se le buscaba su sillon. Deseaba alguna flor, al punto se apresuraban á cogérsela; esperimentaba algun dolor, y acto continuo llamaban á lord E*** con solícita inquietud reclamando sus cuidados hácia el enfermo.

Los niños que tal testimonio de aprecio daban á Samuel eran una jóven de trece años que se llamaba Sara, su hermana Nelly, de edad de diez años, y Jorge, hermano de ambas, precioso niño de mas corta edad todavia que Nelly. Estas tres encantadoras criaturas gozaban de aquella hermosura y gracia que se producen y hacen tan bien comprender los cuadros de Lawreme, y los grabados ingleses copiados de las obras de este célebre artista. Los encendidos cabellos de Sara, caian en gruesos anillos sobre sus delicadas espaldas, y nada habia que igualara á la flexibilidad de su esbelto talle. Nelly siempre vestida de blanco con los brazos, pecho y espaldas desnudas, como su hermana presentaba formas mas torneadas que Sara, en cuyo cuerpo se dejaba ver esta elegante robustez que tan bien caracteriza entre las jóvenes inglesas, la transicion de la infancia á la adolescencia. En cuanto á Jorge, bonito, pero petulante, atrevido y voluntarioso, no pensaba en todo el dia mas que en brincar, en encaramarse sobre los árboles mas altos del parque, ora para coger nidos de pájaros, ora por el solo gusto de subir en ellos; de seguro si se presentaba alguna cosa arriesgada, bien para alcanzar un juguete que hubiese caido en el estanque, bien para cazar algun reptil que asustase á sus hermanas, se podia contar con el jóven á quien gustaba poner remedio á estos males.

La educacion doméstica de estos tres niños estaba á cargo de una respetable señora inglesa, á quien dirigia lord

© Biblioteca Nacional de España

E*** que habiendo quedado viudo desde muy jóven, no quiso aceptar otro matrimonio á pesar de las brillantes proposiciones que para el mismo le hicieron. Habia contraido nupcias con lady E*** huérfana de un pobre ministro protestante, que falleció sin dejar á su hija mas herencia que su biblia y un nombre venerado como el de un santo. Dios bendijo mucho tiempo esta union; por espacio de seis años consecutivos nada vino á turbar la dicha de este poderoso miembro de la alta cámara; esposo de una muger á quien adoraba, padre de dos niñas tan hermosas como su madre, ¿qué mas podia apetecer?

Asi lejos de esperimentar muchos deseos, se complacia en su dichosa existencia y rogaba á Dios que continuara prodigándole tantos beneficios; pero ¡ay! al cabo de seis años lady E*** murió poco tiempo despues de haber dado a luz á Jorge.

Por espacio de algunos meses se temió que el sentimiento acabase tambien con lord E***, pero pasada la primer crisis del dolor, la presencia de sus hijos le fué dando valor y se resignó á vivir solamente para ellos. Sin embargo, la simple vista de los sitios donde habia pasado tantas horas de felicidad al lado de su esposa, alimentaba sus pesares, para que no procurase alejarse de ellos. Los acontecimientos de Waterloo y los de 1815 ocurrieron á la sazon, y determinó encaminarse á Francia con el objeto de visitar este pais ocupado por las tropas inglesas; despues de una permanencia de algunos meses en Paris, pasó á Cambrai donde le llamaba la amistad de lord Wellington y de lord Hill, sus cólegas en la alta cámara y sus compañeros de infancia. Por ruego de estos dos personages resolvió pasar una parte del año cerca del cuartel general, y con este designio alquiló la hermosa casa y el jardin donde tan felices dias pasaban sus queridos hijos y Samuel.

Despues de tres meses de convalecencia, llegó á quedar Samuel completamente curado, y la señora de *** que por tanto tiempo habia estado privada de la presencia de su hijo, acudió á reclamársela á lord E. *** Este no pudo oponerse á la súplica tan natural de una madre, y condujo á la señora hácia los niños que jugaban, segun costumbre, en el jardin; pero la nueva de esta separacion, no pudo menos que entristecer el alma de aquellos inocentes; Sara dejó escapar algunas lágrimas, Nelly sollozó y Jorge, cogiendo del brazo á Samuel, aseguró imperiosamente que no le dejaria partir; fué preciso que le soltara; pero en medio de un verdadero dolor, y apoyado en la promesa, de que se verian todos los dias.

Con efecto, aun cuando Samuel iba todas la noches á dormir á la morada de su madre, no dejaba de pasar, por decirlo así, su vida entera, en la casa de lord E.*** Todas las mañanas, en punto de las nueve, iba un criado de confianza á la libreria, preguntaba por Samuel, y luego que éste se presentaba, le conducia al lado de Sara, de Nelly, y de Jorge, con los cuales repasaba, primero las lecciones, y luego jugaba. Samuel, con la facilidad de inteligencia, natural en los niños, no tardó en espresarse en inglés, mientras que Sara, Jorge y Nelly habian adquirido, con la costumbre de hablar con él, conocimiento de la lengua francesa. Lord E.*** profesaba al niño que habia salvado la vida, una ternura semejante á la que profesaba á su propia familia, haciendo que Samuel disfrutase de todos los bienes que proporcionaba á sus hijos, y en cierta ocasion que dió á cada uno una jaquita de raza inglesa, Samuel recibió el mismo regalo, y pudo disfrutar de las lecciones de equitacion, y de los paseos ecuestres al lado de sus jóvenes amigos.

Esta union tan estrecha, y unas relaciones tan tiernas, duraron el periodo de dos años, al cabo de los cuales, lord Egerton, fué en busca de la señora de*** y la dijo:

—Tengo un deber que llenar, y este deber, me obliga á emprender un largo viage, durante el cual, yo no puedo separarme de mis hijos. Voy á mandar fletar á mis espensas, una embarcacion en la cual pretendo reunir, todo lo que haya de bueno y cómodo, y de lo que mi familia tenga necesidad; si vd. consiente en ello, llevaré á Samuel al lado

© Biblioteca Nacional de España

de Sara, Jorge y Nelly; yo me encargo de su educacion para el presente, y de su suerte para el porvenir, y todos los meses recibirá vd. noticias de su hijo. ¿Qué me contesta vd?

El primer movimiento de la señora de***, pobre, y madre de tres hijos, fué aceptar las seductoras ofertas que lord Egerton la hacia con respecto á Samuel, pero cuando reparó que tenia que separarse de un objeto tan querido, y por tanto tiempo, y tal vez para siempre, rehusó las proposiciones del inglés. Este hombre tan frio y tan reservado, redobló sus esfuerzos, para obtener el consentimiento de la señora de *** diciéndola:

—Señora, yo amo á ese niño como á mis propios hijos, y si él corresponde á mis cuidados y continua mostrando la misma sensibilidad de corazon, soy bastante rico, para acordarme, cuando sea tiempo, que yo he sido dichoso en mi union con una muger pobre, y para hacer la felicidad de una de mis hijas por el mismo medio: repito á vd., señora, que amo á Samuel como á uno de mis hijos.

La señora de*** comenzó á titubear é indudablemente hubiera cedido á los deseos de lord E***, si no temiera que el niño caeria gravemente enfermo á consecuencia de un viage tan largo. Por último fué preciso que lord E*** renunciase á su designio y marchase sin Samuel.

El dia de la partida, luego que Sara, Nelly y Jorge hubieron abrazado, no sin derramar lágrimas, al apreciable compañero, del cual se separaban á los dos años y un dia, lord E*** quedó solo con Samuel algunos instantes, y sentándole sobre sus rodillas y estrechándole contra su seno con mas emocion que nunca, le dijo:

—Hijo mio, vamos á separarnos, y Dios solamente sabe si somos destinados á volvernos á ver en este mundo; pero hay dos cosas que tú y yo no podremos olvidar nunca y que nos unirán para siempre con igual ternura, y es que me debes la vida: toma, pues, este anillo y guárdale en memoria, hijo mio, si, en memoria de aquel que ha querido llevarte consigo, de aquel que jamás te hubiera abandonado, si no se viese precisado á cumplir un deber importante. Escúchame, amigo mio, pues no sé por qué razon esperimento una necesidad de justificar mi partida y mi separacion de tu lado, como lo esperimentaria por uno de mis propios hijos.—Con frecuencia me habrás oido hablar de mi esposa, de lady E***, de la madre de mis hijos, de aquella que por espacio de seis años, me ha hecho dichoso, tanto como un hombre puede serlo en la tierra, y por sus virtudes no ha cesado de atraer sobre mi familia y sobre mí las bendiciones del cielo. Pues bien, hijo mio, hace dos meses que he tenido noticias de que sin saberlo, este ángel habia cometido una horrible injusticia, que por una falsa conviccion habia hecho condenar á una inocente. He aquí las circunstancias que me rodean, hijo mio.—En cierto dia robaron á milády sus diamantes; este robo fué forzosamente cometido por una persona enterada en las interioridades de nuestra casa, pues no se observó en la cerradura del armario que contenia las alhajas la menor apariencia de haberla violentado. ¿Cómo de otra manera hubieran podido penetrar sin que nadie se apercibiese de ello, hasta el aposento mas retirado de la casa? ¿Cómo hubieran podido saber que lady E*** depositaba sus diamantes en una cajita cincelada que yo traje de Alemania espresamente para ella? Nuestras indagaciones y las de la justicia fueron por mucho tiempo inútiles, y por último una anciana ama de llaves de mi esposa, Ana Jabson, declaró que habia visto á la doncella de lady E***, Diana Griffitus, andar la misma noche del robo en derredor de la mencionada cajita, y que despues habia salido furtivamente con un bulto que ocultaba debajo de su chal.

Lady E*** previno sobre la marcha el gefe de policia, se empezó á registrar la habitacion de Diana, y se encontró en efecto debajo de la ropa de su cama una ganzua y algunos diamantes. Cuando vió Diana estas alhajas puso al cielo por testigo de su inocencia, y declaró que alguno queria perderla por medio de un ardid tan infa-

© Biblioteca Nacional de España

me. Habia en las protestas y esclamaciones de Diana tanta verdad, que por mi gusto se hubieran suspendido las diligencias de la justicia, y dejado pasar algun tiempo hasta penetrar el terrible misterio, pero mi muger se opuso á ello llamando á mi proceder debilidad de carácter, y Diana fué entregada á los tribunales. En vano procuró la desdichada justificar su inocencia; fué condenada á una deportacion perpétua y en una embarcacion conducida á Botany-Bay.

Hace tres meses, hijo mio, que recibí un paquete procedente de Inglaterra. Esto es, un cofrecito que la anciana ama de llaves, Ana Jabson, mandó en su testamento que hiciesen poner en mis manos; este cofre contenia todos los objetos de mi esposa y una declaracion legal y en buena forma de la inocencia de Diana. La malhadada anciana confesaba, que envidiosa de la afeccion con que lady E*** distinguia á su doncella, habia premeditado desembarazarse de ella por este infame medio, no pudiendo resistir la presencia de una rival tan odiosa; que habiendo mandado fabricar una ganzua, se apoderó de las alhajas, y dos de ellas puso debajo de la cama de Diana. Tú sabes lo demas.

Mi primer cuidado fué dar parte á los tribunales ingleses de la declaracion de Ana Jabson, pero como las formas de la justicia son siempre tantas, y tal vez mas que ningunas otras las de la rehabilitacion he conseguido del lord *echiquier*, una órden para que al punto la pongan en libertad, y yo parto en su busca, á fin de conducirla despues á Inglaterra, y que allí escuche proclamar su inocencia y pueda yo reparar á fuerza de cuidados y beneficios la cruel injusticia de que ha sido víctima.

Hé aquí por que parto sin tí, sin esperar á tu cura, para llevarte con nosotros; he aquí por que emprendo tan largo y penoso viage, pues debes pensar lo que estará sufriendo esta infortunada criatura, inocente, y esperimentando todos los tormentos de los verdaderos criminales.

Yo me separo de tí, pero tan pronto como mi viage se haya terminado, si Dios me concede la gracia de volver á Europa, como lo espero, te prometo desembarcar en el puerto mas cercano que se halle de Cambrai y de tí; por otra parte, nuestra separacion no puede ser muy duradera; dos años lo mas, tardaremos en volvernos á ver, y desde esa época en adelante, confio en que no volveremos á separarnos.

Y diciendo estas palabras, le abrazó de nuevo, le puso en tierra, y desapareció.

La partida de lord E*** y la de sus hijos, dejó en el mas triste aislamiento al que estaba tan acostumbrado hacia mucho tiempo, á la ternura y á la sociedad; le fué necesario mucho tiempo y la certeza de volver á ver á sus amigos, para no sucumbir, víctima del estremado dolor que le producia semejante separacion.

(*Se continuará.*)

Envidia. El mejor medio de vengarnos de los que nos causan envidia porque obran bien, es obrar mejor que ellos.

La Bruyere.

La envidia que habla y vocea es siempre torpe, la que calla es la temible.

Rivarol.

La envidia es una pasion de ódio mezclada de deseos, que nos hace concebir el pesar de ver poseer á otro una cosa que deseamos. Es la mas triste y vergonzosa pasion: es el tormento de los que la esperimentan. Procede de un amor propio desordenado.

Loke.

El artesano sujeto al vino, nunca será cosa de provecho, y el que desprecie las cosas insignificantes decaerá.

Eclesiastés.

© Biblioteca Nacional de España